

Aurelio Martínez Mutis

Escribe: RAFAEL MAYA

La aparición de Aurelio Martínez Mutis en el escenario de las letras colombianas, hace unos treinta y cinco años, más o menos, fue súbita y fulgurante. Su "Epopéya del Cóndor", poesía premiada en el concurso abierto por la revista *Mundial*, que dirigía en París Rubén Darío, lo hizo célebre, de la noche a la mañana, entre los pueblos de habla hispana. Todavía subsistía el eco de algunas campañas contra los Estados Unidos, llevadas a término por escritores de este Continente, como Manuel Ugarte, y estaba fresca la honda emoción que produjo el "Ariel", de Rodó, así como las líricas imprecaciones de Darío. Al sumarse Martínez Mutis a esa campaña, no hizo sino seguir una orientación respetable, pero, al fin y al cabo, pasajera, ya que posteriormente los pueblos hispanoamericanos modificaron fundamentalmente su política respecto de los Estados Unidos. Aun desde el punto de vista de la cultura, ya no son valederas muchas de las afirmaciones que entonces se hacían. "La Epopeya del Cóndor" tiene un valor histórico más que literario, pues ayuda a fijar las circunstancias de un momento escabroso en nuestras relaciones con la república del Norte. Literariamente ha perdido mucho de su valor, como todos los poemas épicos escritos en vista de determinadas circunstancias políticas. Hoy nos parece un poco declamatoria, y llena de énfasis retórico más que de inspiración auténtica. Es grande, sin embargo, como primer indicio de un temperamento poético de fuertes arrestos, y como manifestación de una vocación literaria que se mantuvo fiel a sí misma durante toda la vida de Martínez Mutis.

Vino después "La Epopeya de la Espiga", superior a la anterior en cuanto al asunto y en cuanto a su desarrollo. Este

poema, donde el elemento lírico prevalece sobre la entonación épica, no obstante el título, conserva casi toda su frescura, y puede pasar como una de las más bellas creaciones de la Musa nacional. No está libre, sin embargo, de algunas de las tachas que deslustran este género de poesía, y acaso la afectación sea la más grave de ellas. Pero justo es reconocer que Martínez Mutis, como épico, evitó la mayor parte de los convencionalismos propios de este tipo de versos. De Ortiz, Arboleda, y Caro, por ejemplo, al poeta santandereano, va una considerable distancia en cuanto a procedimientos literarios al tratar la materia épica. Aquellos próceres de nuestra literatura estaban todavía demasiado saturados del clasicismo de algunos de los más detonantes poetas españoles del siglo pasado, y tenían delante de los ojos del espíritu, cuando no de las pupilas corporales, los preceptos de la preceptiva, que cumplían religiosamente. Martínez Mutis ya es hijo del modernismo, o mejor, nieto de esta escuela, y bien es sabido que la inspiración épica, sobre todo bajo la pluma de Darío, sufrió una profunda transformación, principalmente al desechar la hinchazón retórica y efectismo literario. Las Odas y Cantos del nicaragüense, de inspiración patriótica, responden a una nueva concepción del género. Nada de afectación clasicista, ni nada que recuerde a Herrera o a Quintana. Trátase de una poesía que, sin perder su alta entonación, se permite en ocasiones cierta sabrosa familiaridad, o desciende a un deliberado prosaísmo, o se ablanda con inflexiones líricas, todo ello dentro de una gran variedad de metros y de ritmos. Léase a Darío, léase a Chocano, léase a Lugones, léase a los continuadores hispanoamericanos del movimiento modernista, cuando cantan a la patria, a los héroes, a la libertad, y se verá que tenemos razón, aun enunciando el asunto en la forma sumaria y elemental que empleamos aquí.

“La Esfera Conquistada”, el tercer poema épico de Martínez Mutis, y canto magnífico que cifra la madurez del genio del autor, responde a este nuevo concepto poético. Es este un poema sinfónico, con gran variedad de tonos, tan múltiple en sus ritmos como rico en motivos fundamentales donde la historia, materia imprescindible del Canto, aparece como diluída en una vasta red de digresiones líricas, de fugaz y entrañable armonía. La obra toda responde a un alto concepto de la unidad poética. Las estrofas, aparentemente sueltas como los pliegues de una bandera, coordinan su variedad de acuerdo con la rigidez del

plan interior del poema, que es como el asta del pendón ondulante. Creemos que, dentro de este tipo de poesía, "La Esfera Conquistada" supera a la mayor parte de los poemas épicos escritos en lengua castellana, de muchos años a esta parte. Léase a Olegario Andrade y se advertirá que el robusto cantor de la raza latina, el evocador de Prometeo, aparte de su notoria influencia de Víctor Hugo, sobrecarga sus versos de conceptos políticos y de ideas sociológicas, agravando con semejante lastre intelectual el vuelo de la inspiración. Claro está que Andrade pertenece todavía al romanticismo, pero su nombre viene a la memoria, naturalmente, cuando se habla de Martínez Mutis, entre otras cosas porque es uno de los pocos poetas hispanoamericanos que resisten la comparación con el autor de "La Esfera Conquistada".

Después de este poema, Martínez Mutis abandona definitivamente la poesía épica y comienza a buscar temas y motivos de inspiración en asuntos de su tierra natal o en los paisajes del trópico. Como lírico, propiamente, o, mejor dicho, como poeta de sentimiento, es inferior siempre a nuestros grandes románticos. Nunca llega a la intensidad lírica de Pombo, ni sube a las esferas sobrenaturales de Fallon; pero como cantor de la naturaleza nuestra, desde el punto de vista exterior, es un formidable paisajista en verso, sin posible rival en la literatura colombiana. Más pintoresco que Rivera, y con más rica imaginación que el hijo de Neiva, aunque con menos sentido artístico del verso, Martínez Mutis es el cantor de la naturaleza colombiana, no considerada en sí misma, sino en relación con el trabajo humano y con las faenas que suelen transformar el suelo. Su "Romancero del Tabaco" es un poema de inspiración vernácula, profundamente nacional, tan nuestro como los de Gutiérrez González, aunque de diferente inspiración y de una técnica poética muy distinta. Podría compararse, más exactamente, con alguno de los cantos de don José Joaquín Casas, con la diferencia de que este gran poeta busca siempre lo típico costumbrista, y en cambio, Martínez Mutis desentraña lo más emocional del paisaje, ayudado de imágenes frescas como las hojas de ciertas plantas que sólo crecen a la orilla del agua. Sin embargo, hay en Martínez Mutis un fondo de humorismo, en ocasiones de amarga galantería, que equivale a la sátira de Casas.

Como hombre, fue Martínez Mutis un personaje excéntrico, pero cordial y profundamente humano. Recorrió varios países de

Hispanoamérica, y desempeñó toda clase de oficios compatibles con ese riguroso sentido de la dignidad moral, que fue una de las virtudes más características de su temperamento. Anduvo metido en empresas quijotiles, de las cuales salió maltrecho, económicamente, pero sin que hubiese perdido nunca la afición por la vida azarosa y por los lances imprevistos de la fortuna. Amaba el dinero, pero lo amaba como poeta, y lo buscó siempre por los caminos del Parnaso, aunque son los menos indicados para tropezar con otro metal que el de los sueños. Su pobreza fue su timbre nobiliario, y el manantial siempre vivo de su anecdotario personal. Pero solía reírse de todo, sin perder nunca el buen humor ni su compasiva comprensión de las debilidades humanas. Era una especie de hidalgo fachendoso, a quien sólo le quedaban la capa y la espada, después de haber liquidado su hacienda en empeños quiméricos. Tenía de su tierra y de su raza un intransigente sentido del carácter. Poeta, y nada más que poeta, sentía en ocasiones la rabia de la impotencia, cuando quería vengar agravios, o alcanzar algún honor a que creía tener derecho, y que se le negaba. Sólo en sus últimos años logró ser nombrado Vicecónsul de Colombia en París. Recompensa un poco tardía, pero que significó un positivo alivio en la vida del gran poeta.

En París tuvimos la fortuna de verle, en el mes de octubre pasado, en medio de esa policroma devastación del otoño, que envolvía en una lluvia de oro volátil a la encantadora ciudad. Allí, paseando por el Barrio Latino, o a las orillas brumosas del Sena, o bien bajo los castaños de oro, de púrpura, y de cobre, de los Campos Elíseos, que se despojaban estoicamente de su follaje, como mujeres que ven llegar la hora del luto, allí refrendamos nuestra antiquísima amistad y recordamos los bellos días pasados, a tiempo que nos abríamos camino a lo largo de la avenida, por entre aquella inundación de hojas muertas. Conocía algunos rincones deleitables y era perito en buenos vinos y en sabrosas viandas. En medio de aquel París embrujador vivía como había vivido siempre: sobrio, casto, pobre y alegre. Deseaba ardientemente conocer a Roma, de manera que, cuando algunos días más tarde, le escribimos desde la Ciudad Eterna, nos contestó inmediatamente recomendándonos que mirásemos, por él, algunos sitios que ocupaban puesto en su imaginación desde los días de la juventud. De esta manera su recuerdo nos acompañaba entre las ruinas del Foro y a lo largo de la Vía

Apia. Delante de la figura extraterrestre de Pío XII, recordamos, una vez más, al cantor de la epopeya cristiana y de la Sagrada Eucaristía.

Su última carta, escrita días antes de su muerte, nos llegó el mismo día en que los diarios de Bogotá anunciaban su fallecimiento en la Ciudad Luz. Ya duerme en su tierra de Santander, defendido por los riscos y por los ríos, él, que tuvo la música de una corriente y la arisca soledad de un picacho. Ahora comprenderá que el suelo natal es el mejor regazo para descansar, bajo el misterio de las constelaciones, después de haber peleado diariamente por el pan, por el honor y por la gloria.